

Facundo: el intelectual y la idea de nación en Latinoamérica

Hay en el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento el deseo de constituir una identidad latinoamericana a través de la idea de nación. Mediante el concepto de nación, Sarmiento crea ese medio de exclusión necesario que establece fronteras, no sólo legales y geográficas, sino también de otro orden, ya que la frontera «...más que un hecho físico o meramente político, lo es de orden psicológico, social, cultural» (Mañach, 26). Proponer una idea de nación, implica el establecimiento de un territorio que fundamente una legalidad interna, pero que al mismo tiempo, establezca la negación del *otro*; entendiendo a ese *otro*, en el sentido más global posible, ya que el *otro* puede ser entre otras cosas, un individuo, pero también puede ser un país. La identidad no debe ser entendida como una unidad aislada consigo misma, sino como una entidad que forma su ser—sólo a partir de su relación con el *otro*; es en el *otro* donde la identidad se afirmará, pero en forma negativa, como un no-ser. En el reconocimiento del *otro*, ella tomará conciencia de sí misma y encontrará los límites de su propia definición. Se trata como diría Hegel, de la experiencia de la conciencia que descubre en su seno el germen de su escisión¹. Nuestro propósito será entonces, tratar de

* Doctorando del Departamento de Literatura de la Universidad de Pennsylvania, USA

1 *Fenomenología del espíritu* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981). Al hablar de la autoconciencia Hegel dice: «Este movimiento de la autoconciencia en su relación con otra autoconciencia se representa, empero, de este modo, como *el hacer de la una*; pero este hacer de la una tiene él mismo la doble significación de ser tanto su *hacer* como *el hacer de la otra*; pues la otra

definir los parámetros mediante los cuales Sarmiento constituye la idea de nación y la idea del *otro* dentro de ese juego de oposiciones, para establecer su concepto de identidad latinoamericana.

Primeramente, habría que preguntarse ¿qué hace valedera la idea que un intelectual pueda tener sobre la nación; qué le permite tener la autoridad legal no sólo para proponer la constitución de una nación, sino para llevarla a cabo; y cómo es que el intelectual es el protagonista de esta tarea y no cualquier otro individuo de la sociedad? Al indagar sobre este problema, Angel Rama plantea que la división del trabajo durante el período colonial era realmente radical, debido a que la sociedad de entonces se dividía casi exclusivamente entre letrados y no letrados; los que escribían las leyes y los que simplemente las acataban. Al referirse a este grupo privilegiado, Rama dice que no sólo colaboraban con el poder monárquico español, «...sino que también [eran] dueños de un poder (...) La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea» (31-32)². Al mismo tiempo, el anhelo de autorrepresentación muestra al «letrado» como un yo que se impone, y que al imponerse, aparece como un *nosotros*, ya que el «letrado» piensa que sus ideas, son las ideas de toda una nación. El «letrado» piensa también que su función social amerita un servicio a la patria, lo que pondría en práctica el ideario de una conciencia que busca realizarse dentro de los márgenes de la nación³. En Sarmiento la relación entre el intelectual y la nación

es igualmente independiente, encerrada en sí misma y no hay en ella nada que no sea por ella misma (...) Cada una de ellas ve a *la otra* hacer lo mismo que ella hace; cada una hace lo mismo; el hacer unilateral sería ocioso, ya que lo que ha de suceder sólo puede lograrse por la acción de ambas» (p. 114).

2 La relación poder-escritura, ha sido estudiada en gran detalle en su libro *La ciudad letrada*. (Hanover: Ediciones del Norte, 1984). Véase en particular el capítulo II: «La Ciudad Letrada», pp.23-39, y el capítulo III: «La Ciudad Escrituraria», pp. 41-69.

3 Véase el artículo de Susana Zanetti, «Angel Rama y la Construcción de una Literatura Nacional.» *Revista Iberoamericana* 58 (1992): 919-932. En este

sería doble, ya que quiere serle útil al proponer la edificación de una nueva sociedad, de un nuevo estado, constituyendo así una especie de origen autóctono; pero más que una búsqueda del origen, en *Facundo* se plantea una reconquista de la herencia europea que se ha perdido, e intenta explicar históricamente las razones que dieron lugar a la barbarie por la cual atravesaba la república Argentina el siglo pasado⁴.

El texto comienza haciendo una descripción geográfica, que es donde Sarmiento encuentra una de las razones de la barbarie; por eso su fascinación por el detalle geográfico, como si desde la geografía se pudieran construir los tipos humanos y presentar el modo de pensar de la república. Si la naturaleza es árida, desértica, hostil; el hombre de esas regiones también lo será. El título del primer capítulo de *Facundo* nos muestra de qué modo había ciertamente una relación directa entre la naturaleza y el hombre creado por ella: «Aspecto Físico de la República Argentina, y Caracteres, Hábitos e Ideas que Engendra». El primer párrafo dice:

artículo Zanetti hace énfasis en cómo Rama se ve a sí mismo y cómo ve la función que el intelectual debe asumir dentro de la sociedad.» Según Zanetti Rama piensa que el intelectual debe actuar dentro de la sociedad como dador de sentido histórico, como conciencia nacional. Citado por Zanetti Rama dice: «Ocurre que si el crítico no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un *corpus* orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta» (p. 920). Véase también a Francisco García Calderón en *Las democracias latinas de América*. (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979), pp. 189-190; así como a Tulio Halperín Donghi, prólogo, *Proyecto y construcción de una nación*, ed. T. Halperín Donghi. (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980) XI-CI.

- 4 Véase el artículo de Roberto González Echeverría «Redescubrimiento del Mundo Perdido: el *Facundo* de Sarmiento.» *Revista Iberoamericana* 54 (1988): 385-406, número especial dedicado a Domingo F. Sarmiento. González Echeverría dice: «Cualesquiera hayan sido los cambios efectuados, la médula del libro continúa siendo la *vida* de Facundo Quiroga, caudillo a quien Sarmiento quiere estudiar con el fin de comprender a Rosas y la génesis y el ejercicio del poder político en su país» (p. 389).

El continente americano termina al sur de una punta en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al Oeste y a corta distancia del Pacífico se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas, y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en la que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina o Confederación Argentina. Al Norte están Paraguay y Bolivia, sus límites presuntos (11).

Pero Sarmiento toma el territorio físico como punto de partida, ya que desde él trazará la «geografía de las ideas». Sarmiento sugiere que el elemento clave para poder comprender el modo de pensar y de actuar de un pueblo, se encuentra en la geografía, por cuanto produce «tipos humanos» propios, con características propias y modos de pensar igualmente particulares:

Para pintar el comandante de Campaña que se apodera de la ciudad y la aniquila al fin, he necesitado describir el suelo argentino, los hábitos que engendra, los caracteres que desenvuelve. Ahora para mostrar a Quiroga saliendo ya de su provincia y proclamando un principio, una idea, y llevándola a todas partes en la punta de las lanzas, necesito también trazar la *carta geográfica de las ideas* y de los intereses que se agitaban en las ciudades [el subrayado es mío] (62-63).

Podemos hacer una breve comparación entre este discurso sobre la geografía y el estudio y clasificación étnico, mineralógico y topográfico que el alemán Alejandro de Humboldt recogiera a lo largo de sus viajes por el continente americano y que luego se publicara bajo el título de *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Humboldt es el viajero de la ilustración por excelencia; sus viajes tenían un carácter científico, puesto que mediante ellos se trataba de explorar y clasificar el territorio de las colonias, lo que fundamentaría posteriormente todo un discurso sobre la modernidad y el progreso en Latinoamérica. ¿Cómo constituir un archivo de América que incluyera su población y su geografía; cómo hacer la cartografía de un continente mostrando sus riquezas, pero también, planteando la posibilidad de un proyecto futuro de desarrollo? Humboldt está proyectando América para los europeos, y en su proyección existe también una elaboración de la idea de progreso y de desarrollo. «La fisonomía de un país», dice Humboldt, «el modo con

que están agrupadas las montañas, la extensión de las llanuras, la elevación que determina su temperatura, en fin todo lo que constituye la estructura del globo, tiene las relaciones más esenciales con los progresos de la población y el bienestar de los habitantes. Esa estructura es la que influye en el estado de la agricultura que varía según la diferencia de los climas, en la facilidad del comercio interior, en las comunicaciones más o menos favorecidas por la naturaleza del terreno, y, por fin, en la *defensa militar* de que depende la seguridad exterior de la colonia. Sólo bajo estos aspectos pueden las grandes indagaciones geológicas interesar al hombre de estado, cuando calcula las fuerzas y la riqueza territorial de las *naciones* [el subrayado es mío]» (21). ¿Cómo se asemejan y cómo se diferencian los discursos de Humboldt y de Sarmiento; de qué modo sus comentarios sobre la geografía son realmente esenciales para constituir la idea de nación?

El texto de Humboldt no puede verse como un proyecto nacional, ya que intentaba servir tan sólo de reporte «enciclopédico» del territorio latinoamericano. Humboldt no pretendía dictaminar políticas de construcción nacional, ni proyectos de educación, ni elaborar un cuadro político-ideológico de las colonias; su perspectiva sólo podía ser la del *outsider* que mira con asombro una realidad que jamás le puede pertenecer verdaderamente. En Sarmiento, en cambio, sucede todo lo contrario; él quiere estudiar y hacer proyecciones políticas sobre el territorio nacional. El texto se escribe desde el exilio; *Facundo* aparece por sucesivas entregas en el periódico *El Progreso* de Santiago de Chile; en ese sentido, el libro, escrito desde el margen, quiere llegar a ser un discurso central e incorporarse dentro del debate político sobre la nación. Cuando Sarmiento habla de la geografía, lo hace para proyectarse como estadista y como político, no como simple explorador y viajero. Él quiere que el texto reproduzca fielmente los acontecimientos sociales de la república Argentina, y su manera inicial de hacerlo, es a través de la geografía; pero si veíamos que la constitución de la nación se establece mediante una negación del *otro*, podemos ver que el *otro*, el salvaje, el Gaucho, es negado por pertenecer de una manera muy inmediata a esta geografía. Es decir, su defecto es estar en el campo y no en las ciudades. La caracterización que Sarmiento hace de la provincia Argentina lleva

generalmente connotaciones negativas. La provincia es inculta, analfabeta, bárbara; mientras que las ciudades son cultas e ilustradas. Al referirse a Buenos Aires, Sarmiento dice:

La cultura de los modales, el refinamiento de las costumbres, el cultivo de las letras, las grandes empresas comerciales, el espíritu público del que estaban animados los habitantes, todo anunciaba al extranjero la existencia de una ciudad culta, que caminaba rápidamente a elevarse a un rango distinguido, lo que daba lugar para que las prensas de Londres divulgasen por América y Europa ese concepto honroso... 'manifiestan las mejores disposiciones para hacer progreso en la civilización'... (41).

La idea de la nación en Simón Bolívar y José Martí, aparece como una diferenciación entre Europa y América⁵; en Sarmiento en cambio, la idea de nación surge mediante una diferenciación del país dentro de

5 Véase la «Carta de Jamaica» (1815) en *Escritos políticos* (Madrid: Alianza Editorial, 1990), pp. 61-84. Bolívar diferencia claramente dos polos culturales: «El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado: la opinión era toda la fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes la enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países.» (p. 63). En otro pasaje igualmente memorable vemos: «Nosotros [los americanos] somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores... [el subrayado es mío]» (p. 69). Las opiniones de José Martí acerca de una frontera cultural, de identidad y de intereses, no deja de ser importante. Véase *La república española ante la revolución cubana*. (Ma-

sí mismo. No se buscaba una separación, al menos ideológica, de la cultura europea, y especialmente de Francia; sino eliminar las fronteras internas que creaba la raza, y que estaban representadas en la figura del gaucho Facundo Quiroga⁶. La identidad nacional que propone Sarmiento no parte de un *nosotros* somos diferentes, sino de un *nosotros*

drid: Imprenta de Segundo Martínez, 1873). Ahí vemos: «Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzarse en República; si se arrojó a lograr sus derechos antes que España los lograra; si ha sabido sacrificarse por su libertad, ¿querrá la República española sujetar a la fuerza a aquélla que el martirio ha erigido en República cubana? —¿Querrá la República dominar en ella contra su voluntad» (p. 108).

- 6 No es nuestra intención en este ensayo mostrar las variantes o discrepancias que están presentes en el pensamiento de Sarmiento en diferentes etapas de su vida. Sería de todos modos pertinente decir que la postura de Sarmiento con respecto a Europa no es constante. Después de viajar a los Estados Unidos, en una carta dirigida al Sr. D. Valentín Alsina y fechada el 12 de noviembre de 1847 Sarmiento dirá al hablar de sus impresiones sobre ese país lo siguiente: «Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugnano contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre (...) Cuando en 1847 se hacían en Francia entre Ruán y París los primeros ensayos [para el telégrafo], la prensa anunciaba la existencia de 1.635 millas de telégrafos en los Estados Unidos; cuando yo llegué había 3.000 millas...» en *Obras completas de Sarmiento* (Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1949), pp. 333-367; y en un artículo publicado en el periódico *El Nacional* de Buenos Aires en junio de 1856, Sarmiento dirá: «Se han empeñado en inculcarnos las pasiones políticas de la Francia, y sus apodos de partido y sus luchas. Un día fuimos demagogos porque Thiers, el primer demagogo que mientras no fue ministro, llamó así a sus adversarios (...) Apartemos, pues, los espantajos exóticos y estudiemos nuestras propias cuestiones, que nuestro camino va en rumbo opuesto al que llevaron todos esos ensayos. De la Francia no tenemos nada que adoptar hoy, sino sus modas y sus bellas artes. El imperio se funda en la negación de todas nuestras instituciones (...) Sus escritores son letra muerta hoy. Para citar a Thiers, a Guizot, a Montalembert, es preciso escribir al lado de sus palabras la época en que las dijeron, y preguntarles si hoy piensan lo mismo...» en Tulio Halperín Donghi, ed., *Proyecto y construcción de una nación*. (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981), p. 50.

somos iguales; iguales a Europa, en tanto modelo de desarrollo, de patrón cultural y de libertad social. El progreso europeo es para Sarmiento el verdadero progreso, y como la provincia argentina está plagada por la barbarie que ha traído Facundo Quiroga y el General Rosas, es necesario llenar el desierto de inmigrantes europeos, lo que implicaría no sólo eliminar a los habitantes nativos, sino propondría igualmente la transformación de la naturaleza a través de la visión del hombre europeo. Por lo tanto, la idea de nación de Sarmiento, no se crea mediante un juego de oposiciones entre diversos países, sino por un juego de oposiciones ya presente dentro del territorio nacional. Esto da lugar a la caracterización peyorativa en contra del gaucho. Facundo Quiroga, el jefe militar, destruye las ciudades; su esencia bárbara así lo dictaminaría:

Facundo, genio bárbaro, se apodera de su país; las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan, las leyes son un juguete en manos torpes; y en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se *sustituye*, nada se establece. El desahogo, la desocupación y la incuria son el bien supremo del *gaucho*. Si La Rioja, como tenía doctores, hubiera tenido estatuas, éstas habrían servido para amarrar los caballos [el subrayado es mío](57).

Sin embargo, la frontera racial que delimita Sarmiento va más allá del gaucho, ya que incluye a los indios, a los negros, y en fin, a lo no europeo:

Por lo demás, de la fusión de estas tres familias [entre la raza india, la negra y la española «pura»] ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no viene a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual (...) Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos. Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires, y la villa que se forma en el interior; en la primera las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado con flores y arbustillos graciosos (...) La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros... (15)

Los tipos humanos de la provincia no entran en el esquema de nación de Sarmiento. El *otro* para Sarmiento, no está en Europa sino en América, y si se le pudiera encontrar en algún lugar, se encontraría sin duda, y para usar el término de Said⁷, en el oriente. «He tenido la preocupación,» dice Sarmiento, «de que el aspecto de la Palestina es parecido al de la Rioja, hasta en el color rojizo u ocre de la tierra...» (53). Pero el oriente también puede ser Argelia o Africa: «La misma lucha de civilización y barbarie de la ciudad y el desierto existe en Africa; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada, entre la horda y la montonera» (36). El *orientalismo* aparece como una necesidad de representación del *otro* y al mismo, como una manera de representarse ante el *otro*. «Todos los que escriban sobre el Oriente», dice Said, «deben colocarse en frente del Oriente; traducido en su texto, esta colocación incluye el tipo de voz narrativa que él adopte, el tipo de estructura que él construya, los tipos de imágenes, temas, los motivos que circulen en su texto; todo lo que constituiría deliberados modos de dirigirse al lector, incluyendo el Oriente, y finalmente, representándolo o hablando en su nombre [la traducción es mía] (*Orientalism* 20).

Los límites internos de esta frontera nacional están trazados por el letrado; son límites que en vez de representar la conciencia nacional, representan en cambio una escritura individual. El concepto de nación que elabora el intelectual tiene su base en el poder de las ideas. «Como no hay letras», dice Sarmiento, «no hay opiniones diversas, La Rioja es una máquina de guerra que irá a donde la lleven» (62). El intelectual fundamenta un discurso y tratará de hacerlo valer como discurso universal y autorrepresentativo de un territorio, de una nación. Pero tendríamos que preguntarnos ¿bajo qué parámetros podemos constituir un concepto de nación; cuáles son los elementos esenciales que se deben incorporar dentro de este concepto que, como todo concepto, es excluyente e intenta ser verdadero históricamente? Al intentar responder esta pregunta, el historiador francés Ernest Renán dice:

7 Véase *Orientalism*. (New York: Vintage Books, 1979). En particular «Introduction,» pp. 1-28; y el primer capítulo, «The Scope of Orientalism», pp. 31-110.

La nación es un principio espiritual, el resultado de las profundas complicaciones de la historia; es una familia espiritual, no un grupo determinado por las configuraciones del suelo. Hemos visto ahora qué cosas no son apropiadas para la creación del tal principio espiritual; es decir la raza, el idioma, el interés material, las afinidades religiosas, la geografía, y la necesidad militar (...) Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas, que en realidad son sólo una, constituyen esta alma o principio espiritual. Una se encuentra en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión comunitaria de un rico legado de memorias; la otra, es el consentimiento presente, el deseo de vivir juntos, la voluntad de perpetuar el valor de la herencia que uno ha recibido de una manera íntegra [la traducción es mía] (19).

El concepto de nación, que propone Renán, no se centra en ninguna diferencia en particular sino que las comprende a todas al mismo tiempo; es decir, todas las características representativas de una comunidad son suprimidas puesto que se contienen bajo un concepto más totalizador y universal. Sarmiento como vemos, parte de las características particulares, de la raza, de las formas de vestir y del lugar donde habitan los individuos; su nación no busca encontrar esa «alma» o «voluntad» de la que habla Renán, sino homogeneizar a una población y desde ahí establecer un proyecto de desarrollo.

Al criticar a Facundo, Sarmiento nota que el caudillo no *sustituye* nada por la barbarie; su condena a la destrucción tiene como fundamento el hecho de que no sólo se destruye, sino que tampoco se renueva; la destrucción entonces, es total. Desde este punto de vista, Sarmiento plantea una serie de sustituciones que pondrán remedio al caos creado por el caudillo. En el plano étnico, quiere sustituir la población nativa (mestizos, indios, españoles «puros») por la población europea que está concebida como una raza superior; en el plano del lenguaje, las citas que encabezan los capítulos de *Facundo* —en su mayoría en francés— son también una sustitución, porque como dice Said, «...la cita es una señal constante de que la escritura es una forma de sustitución. Ya que a pesar de que la cita puede tomar distintas formas, en cada una de ellas el pasaje citado simboliza otra escritura como invasión, como una fuerza perturbadora moviéndose potencialmente para conquistar lo que está siendo escrito en la actualidad» (*Beginnings* 22).

En fin, se trata de reconquistar los valores engendrados por la civilización europea. José Martí decía que no «habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica⁸; dando a entender que es el territorio hispanoamericano —entendiendo ésta tanto geográfica como ideológicamente— lo que dará sustento a las producciones artísticas. Sin embargo, en el caso de *Facundo* vemos un fenómeno realmente particular, ya que si tomamos en consideración el postulado de Martí, el texto de Sarmiento no presupone territorio alguno antes de llegar a ser literatura nacional, sino que por el contrario, y casi de una manera literal, pretende ser el territorio nacional, desde donde se explicara el estado actual de la nación y desde donde se emitieran opiniones con respecto al porvenir de la república. Es decir, literatura nacional y geografía, están consideradas por Sarmiento a un mismo nivel:

Si un destello de *literatura nacional* puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; la lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera de círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman... [el subrayado es mío] (21).

Todo discurso acerca de la idea de nación implica necesariamente la pregunta sobre el origen. El comienzo de la nación, inaugura un discurso que establece diferencias, pero cuyas diferencias cobran realmente sentido en la historia. El comienzo, dice Said «es el hacer producir la diferencia; pero —y he aquí la gran fascinación en el tópico— una diferencia que es el resultado del combinar lo ya familiar con la fértil novedad del trabajo humano en el lenguaje [la traducción es mía] (*Beginnings* xvii). El comienzo es esencialmente histórico, y en ese sentido, esencialmente humano, puesto que implica la necesidad de establecerse en el mundo entrando en un universo del discurso para ser parte de otra producción de significados (*Beginnings* 13)». Mediante su

8 Citado por Roberto Fernández Retamar en *Calibán y otros ensayos*. (La Habana: Editorial Arte y Literatura), p. 79.

escritura, Sarmiento quiere dar sentido a un proceso de construcción nacional autóctono, pero este proceso está condenado a ser juzgado desde afuera, ya que a pesar de que el intelectual elabore un proyecto con miras a convertirse en la realización de la nación; son las relaciones políticas y económicas entre los países, así como la voluntad popular, los que determinarán finalmente la viabilidad de este proyecto, haciendo que se adecúe al momento histórico o que quede relegado simplemente como un documento más, como un proyecto posible o imposible, o como parte de la memoria y del olvido de la república.